
¿PARA QUÉ SIRVE LA FILOSOFÍA?

—●—

Ángel Mateos Sánchez Escobero

La ignorancia no es falta de respuestas, sino de preguntas. Quien no se cuestiona a sí mismo, quien no cuestiona su vida y su mundo, es ignorante. Vivimos, sin damos cuenta, en un mundo donde la información se nos da como un producto de consumo, de fácil asimilación y de cómodo acceso. Sufrimos una continua necesidad de conexión a la realidad a través de una pantalla, la que a su vez nos impide conectar con la realidad palpable. La mayoría de nosotros hemos desvirtuado nuestra existencia, nuestra visión de conjunto de cuanto nos rodea. Ya no podemos hablar de un mundo que nos proporcione imágenes, es decir, que posea vida propia y que, a través de captaciones, nos va siendo entregado. Ahora hablamos de imágenes inertes, que contienen nuestro mundo, quitándole a este su existencia natural. Creemos que por poseer imágenes de ciudades y

países los conocemos sin haberlos visitado. Lo que se nos impone es una visión ya cocinada. Igualmente ocurre con las redes sociales: a través de ellas creemos conocer a las personas, cuando sólo accedemos a la imagen que ellas nos dan. Expuestos a la continua entrega de imágenes, nos convertimos en receptores masivos, capaces de estar asimilando sin control durante horas, consiguiendo que desaparezca nuestro poder de filtración, de seleccionar la información, ya que ésta nos llega sin exigir ningún esfuerzo nuestro, como por vía intravenosa; no necesitamos masticar y, mucho menos, cocinar. Y esto es muy peligroso, pues, anulado nuestro pensamiento crítico, culminaría un proceso de “pasivización” que anula nuestro ser.

¿En qué consiste el proceso de pasivización? Cuando vemos la televisión se nos convierte en seres unilaterales, receptores de una sola cara de la realidad que no podemos rebatir, únicamente tragámosla; poco a poco se va generando en nosotros un comportamiento carente de libertad y pasamos a ser serviles. Este proceso provoca un robo de nuestra libertad, tan trágico que ni lo percibimos; nos sustraen algo que no es material, cuya ausencia no notaremos al levantamos por la mañana. Pensar que nuestra libertad está garantizada puede ser síntoma de que ha sido sustraída. Entonces es cuando el hombre es más vulnerable y puede ser ideologizado: se ha vuelto moldeable y acepta como bueno el pensamiento que se le ofrece. Pasamos pues a ser ignorantes, no por falta de conocimientos, sino por exceso de información.

La ignorancia no es falta de respuestas, sino de preguntas. Para enriquecer nuestro pensamiento, no necesitamos que nos estén bombardeando con un continuo flujo de conocimientos, de respuestas a problemas ya planteados. Nuestro pensamiento, el que rige nuestras acciones, se nutre de algo mucho más complejo.

La ciencia puede pecar de reduccionista, también respecto al ser humano, ya que no somos solo células que se agrupan para formar tejidos, que a su vez órganos, que darán lugar a aparatos, uniéndose estos en sistemas, formando seres humanos, que se moverán por impulsos que serán recibidos por nuestros sensores de captación y, a través de alguna hormona y la acción de los nervios, darán lugar a nuestros movimientos: el ser humano es mucho más complejo. El científico pues debe ser consciente de que por conocer parte de la realidad del ser humano, la palpable, no lo conoce en su totalidad.

En nosotros se ha desarrollado algo que nos distingue, la inteligencia, ese don que de alguna forma, y a través de millones de años, ha conseguido alejarnos de la unión con la naturaleza que para otros seres es tan fuerte e inevitable. Cuando digo alejarnos de la naturaleza, no quiero decir vivir sin ella, que nos sería imposible, pues dependemos de ella para nuestra supervivencia; hablo de diferenciamos de lo que es una hormiga. La hormiga vive por y para la naturaleza, su comportamiento se rige por ella, carece de autocontrol, motivo por el que no puede

actuar en sentido estricto; únicamente reacciona al estímulo, mientras que el ser humano (y aquí viene la diferencia) vive por la naturaleza, que no para ella. Ejercemos sobre nosotros un autogobierno, somos capaces de enfocar nuestro pensamiento sobre nosotros mismos, de pararnos a reflexionar. De esta forma, el ser humano consigue romper el círculo estímulo-reacción para actuar deliberadamente.

¿Qué significa actuar deliberadamente? Todos los seres vivos hacen cosas, pero ¿actúan todos? Podríamos distinguir 3 casos distintos:

- 1- El de los seres como los peces: sus acciones son meramente funcionales, están regidas por su naturaleza; reaccionan al estímulo y carecen de conciencia.
- 2- El de los animales inteligentes, como el chimpancé, que puede encender la bombilla del razonamiento, por ejemplo cuando se le pone en una habitación vacía con cubos y un plátano en lo alto, inalcanzable. De pronto entiende que si apila esos cubos llegará al plátano. Ha captado una relación nueva, que no existía: esa acción es inteligente. Pero no llega a ser deliberada.
- 3- La acción deliberada queda solo al alcance del ser humano, el único que se plantea el porqué de su acción. No solo inventa los medios para lograr su objetivo, sino que además dirige esa reflexión hacia sí mismo y se pregunta si el fin que desea está justificado. Sin esto no hay moralidad en la acción.

¿Toda acción que implique una reflexión acerca de la misma es moral? Para contestar a esta pregunta,

habría que reformular el esquema de la moralidad. La moral se encuentra en aquellas acciones que emplean la inteligencia y, además, esta reflexiona sobre dichas acciones. Estoy convencido de que un ordenador podría encajar en este esquema incluso mejor que un humano, ya que su capacidad de información y procesamiento es mayor. Entonces, **¿un ordenador es capaz de llevar a cabo una acción moral?** Llegados a este punto, me gustaría echar mano de una reflexión de José Antonio Marina: “La gran creación de la inteligencia no es la ciencia [...] es la bondad. La bondad no es nada más que aquella forma de percibir con agudeza qué es la buena solución a cada problema [...] y tener el valor de ponerla en práctica”. Según esto, la conocida “Solución Final del problema judío” entre 1941 y 1945 sería correcta. Ahora bien, parece obvio que la matanza de seis millones de personas no es una buena solución. **¿Qué falla aquí para que semejante brutalidad quede justificada?** El ser humano no aparece en dicha definición de bondad; el pensamiento se desarrolla por y para sí mismo, no aparece el otro, el rostro de la persona que, en su debilidad, nos dirige, en forma de súplica, la obligación que Levinas presenta como su primera palabra: “no matarás”. Con la definición de bondad de Marina se podría afirmar que todo lo posible está permitido si soluciona nuestro problema, pero con la inclusión del otro, todo lo posible deja de estar permitido y la moral deja de ser mero cálculo. Ahora podríamos contestar la pregunta sobre la moralidad

de un ordenador con un rotundo no, negando pues la igualdad entre hombre y máquina.

Conservar el mundo y mejorarlo exige la colaboración de todos. Por eso estos pensamientos no pueden ser competencia exclusiva de un profesional de la filosofía, pues “ninguno de los logros que nos parecen tan seguros lo es en realidad; vivimos en un mundo muy precario y la historia nos dice que con demasiada frecuencia se producen colapsos culturales” (Marina).

¿Para qué me sirve a mí la filosofía? La filosofía tiene el deber de incitar a pensar, algo fundamental para todos, y encierra una profunda implicación política, social y ética. Pues pensar implica muchas veces romper con lo establecido en nosotros mismos, ya sea impuesto por terceros o por nosotros: al reflexionar sometemos a juicio nuestros ideales y convicciones. Es normal que una persona cambie su enfoque respecto a la vida si se esfuerza por hacerse preguntas sobre el porqué de lo que hace, el contexto en el que vive y qué hace ella por cambiarlo, o cómo consigue fundirse con él sin darse cuenta, lo contrario de lo que ahora mismo yo estoy intentando hacer.

Una persona no necesita ser un erudito o pasar su tiempo entre libros para plantearse estas cosas, pero normalmente sí necesita un empujón para ello, y como hoy día carecemos de ningún Sócrates que nos pare por la calle, creo indispensable la labor del profesor en los centros, especialmente el de filosofía. Sin embargo se la trata como una asignatura

secundaria, ya que pensar resulta aburrido, quizá porque tu cerebro solo esté preparado para fórmulas matemáticas y televisión, y no para someter a juicio tu existencia. Y no hablo desde mi idea, hablo de algo tan cercano como mi clase, en la que los trabajos impuestos se convierten en algo mecánico e incluso provocan rechazo y desinterés, cuando lo único que buscan es abrimos los ojos, detener nuestra constante actividad para hacer algo tan sencillo, y a la vez tan complicado, como pensar.

No conozco otra asignatura en la que suceda esto, en la que se demande flexionar nuestro pensamiento sobre nosotros mismos y hacia otras personas, no como un número, sino como seres, pero no solo como seres vivos, sino como humanos. Y me parece patético y una equivocación que se quiera suprimir esta asignatura de 10 de Bachillerato. Sinceramente no veo a la profesora de física dedicando sus clases a explicarnos el porqué de nuestra condición humana ni la moralidad de nuestras acciones.

Creo de vital importancia una sociedad crítica y justa, y, desde luego, aboliendo la filosofía, no solo quedamos lejos esa utopía, sino que además dificultamos su llegada, si es que llega algún día a nuestras casas, como ya hizo la televisión.